

KATARZYNA MIKULSKA DĄBROWSKA, *EL LENGUAJE ENMASCARADO. UN ACERCAMIENTO A LAS REPRESENTACIONES GRÁFICAS DE DEIDADES NAHUAS*

México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM – Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos – Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos, Universidad de Varsovia. 2008, 448 pp.

Tengo el privilegio de reseñar el libro *El lenguaje enmascarado. Un acercamiento a las representaciones de deidades nahuas*, escrito por la doctora Katarzyna Mikulska, egresada de la Universidad de Varsovia, quien realizó una serie de estancias académicas en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.

Me es grato presentar con trazos breves este libro, siguiendo dos aspectos que manejamos de cierta manera lacónica quienes nos hemos dedicado a la lectura y edición de textos: me refiero escuetamente a lo que llamamos *forma* y *contenido* de una obra.

Casi siempre, la reseña de una obra se clausura ponderando aspectos de la forma; es decir, se deja para el final la suma de cualidades externas que visten el contenido de un libro. Estos aspectos pueden ser las dimensiones del volumen, el tipo de letra que facilita o no la lectura, la calidad y cantidad efectiva de las ilustraciones de apoyo al tema, el orden y seguimiento de las normas en citas y referencias así como otros aspectos que dan estructura al escrito.

Algunas de estas observaciones facilitan la digestión del contenido, satisfaciendo de antemano el papel que desempeña el lector. De este modo, la crítica a la *forma* parece funcionar como el colofón que cierra la última página de un libro, y que permite ponderar si, en conclusión, la obra está bien escrita.

Yo quiero señalarlo antes, y resaltar la *forma* que Mikulska manejó en su libro. Siempre será edificante para el lector potencial, para el especialista, para el estudiante o lego curioso, descubrir un trabajo cuidado, bien redactado; cualidades que debemos reconocer y aplaudir, sobre todo para alguien cuyo idioma materno no es el español.

Las observaciones de todo presentador que se respete, deberá seguir el protocolo que exige la crítica a la *forma* de un libro, razón por la cual menciono que éste consta de seis capítulos enriquecidos por diversos subtemas donde a lo largo de 400 páginas, ilustradas con más de 175 figuras, la autora comunica sus hallazgos en el análisis de las representaciones de deidades nahuas.

Para incitar la curiosidad de futuros lectores, menciono sólo algunos de los temas tratados en los capítulos e incisos, los cuales desempeñan una función armónica en la estructuración de la forma y su relación con el contenido:

- El capítulo III: LOS ADORNOS DE ALGODÓN, LAS NARIGUERAS Y LOS PECTORALES DE CONCHA, y en especial el inciso número 2: *La diosa Tlazolteotl, sus representaciones gráficas y su culto*.
- El capítulo IV: LA TIERRA, RASGOS DISTINTIVOS Y DISCRECIONALES EN SUS REPRESENTACIONES, en el que cabe resaltar el inciso 3.a: *La presencia del rasgo de postura “de sapo”*, y también las secuencias del apartado 3.c de este mismo capítulo: *Las representaciones de Itzpapalotl, Mayahuel y Xochiquetzal*.
- El capítulo V: GLIFOS EN FORMA DE “HUESOS”: SU LECTURA Y VARIANTES.
- El capítulo VI: EL HOMBRE FRENTE A LO DIVINO, que está dividido en tres partes: *Las obligaciones del hombre en este y en el Otro Mundo: el diseño tlaquauallo*, *El contacto con el mundo sobrenatural* y, por último, *La reconstrucción del prototipo de Huitzilopochtli*.

No sé en qué momento decidió Katarzyna el título de su obra, si fue un punto de partida hacia la investigación, premeditado, ensayado y acariciado desde un principio, o si lo fue construyendo con los hallazgos en su investigación; pero debo señalar que cada una de las palabras que enuncia el título, además de atraer la atención después de una primera mirada, parecen abrir los contenidos que esperan la ávida participación del lector.

La frase “El lenguaje enmascarado” es un umbral a las conceptualizaciones metafóricas nahuas que emplea el *nahuallatolli*, cito: “lenguaje secreto, sofisticado y esotérico, que permite a los *tlatimime* dirigirse a los dioses y a lo sagrado”. Su correspondencia visual son los *nahuaticuilolli*, representaciones gráficas en códices, esculturas de piedra y en materiales cerámicos...

En ambos aspectos del *lenguaje enmascarado* subyace, en mi opinión, el *poder de la palabra*, el mismo que expresaron los mayas mediante *u than*, *u uooh* o *ak’abthan* o bien *ak’ab ts’ib*, tema, por cierto, en el que hay que profundizar desde el plano retórico en el campo literario.

Todo camino emprendido para develar ese *lenguaje enmascarado* obliga a cuestionar si los signos e imágenes pintados por la mano indígena son simples dibujos o ilustraciones, tal y como se pregunta Mikulska, o si son parte de un sistema para transmitir información de forma gráfica. Un cuestionamiento que siempre ha sido muy “occidental”, por cierto, y que constantemente replantea la vieja pregunta de si los caracteres y figuras a los que se refieren los cronistas en los “libros” indígenas son o no una escritura, una verdadera escritura.

La autora responde a la pregunta recorriendo las diversas posturas teóricas, tema que ocupa los dos primeros y sustanciosos capítulos con los que inicia su libro. En éstos recapitula la bibliografía al respecto, sustituyendo la obsoleta por nuevos aportes de estudiosos contemporáneos.

El contenido de ambos capítulos y su manejo para los fines del tema es cauteloso, ya que la autora no va al encuentro del binomio oralidad-escritura en ese orden estricto y como se acostumbra. De este modo, el orden de las ideas que enuncian el capítulo I, que trata acerca de *Los libros y la escritura*, rompe con los esquemas acostumbrados que

siempre parten del análisis del lenguaje oral y su correspondencia con el lenguaje visual; tendencia obsesiva inclinada a repetir el esquema evolutivo que produjo la escritura alfabética que conocemos.

Hay una lógica en hacer un seguimiento sincrónico como el que hace Mikulska, empezando por el campo visual de las representaciones para buscar, en futuras investigaciones, su correspondencia en el lenguaje oral, aunque el rescate de este último código sea por medio de la letra latina, y sabiendo de antemano que la oralidad antigua ha tenido que atravesar por pautas de pensamiento ajenas, las cuales por desgracia disolvieron en gran parte la mística y el preciosismo de la palabra oral en su contexto sagrado.

En este mismo apartado, Mikulska, parte del concepto *libro* y resuelve rápidamente el cuestionamiento acerca de su presencia en el mundo indígena, y cito: “No cabe duda –nos dice– de que los mesoamericanos poseían libros: las pruebas aparecen en muy diferentes medios, y uno de los primeros son los idiomas mesoamericanos, en los cuales existen vocablos para nombrarlos”.

La introducción al concepto libro es imprescindible para la autora, para poder manejar holgadamente y sin tropiezos conceptuales los *tonalamatl* o libros de cuentas calendáricas, en los que se anotaban los cómputos basados en los ciclos *tonalpohualli*, los de 260 días. Las deidades aparecen en estos libros debido a que, como indica López Austin, citado por la autora:

el tiempo mesoamericano se forma o se crea a partir de la esencia de los dioses a los que habría que comprender como “fuerza-dioses-tiempo” (1996b: 486-493). [...] el cosmos mesoamericano funcionaba gracias a la eterna lucha de elementos opuestos (o esencias divinas opuestas), por lo que se formaba el tiempo y las fuerzas “divinas” en forma de dioses llegaban cada día a la superficie terrestre en el tiempo preciso del calendario. (1995b: 438, 1996b: 476-495)

Son las imágenes de estas deidades en las que la autora centra su búsqueda.

En el segundo tema de este apartado *La información en los “libros” indígenas. ¿Escritura o no?* Mikulska hace un seguimiento de diversas consideraciones de los eruditos acerca de la escritura indígena, que ya desde la época novohispana recibe diferentes nombres, cito: “pinturas, caracteres, figuras, jeroglíficos, signos, efigies, imágenes y cifras”. Detrás de estos vocablos siempre queda la duda de si eran signos de una escritura verdadera capaz de comunicar información de manera efectiva, como lo hace la escritura fonética. La autora parte de las discusiones en torno al fonetismo, enumera los diversos modelos de quienes sustentan que la escritura indígena posee elementos logográficos, ideográficos y fonéticos o si pasó de una etapa semasiográfica a una fonética. En fin, esta parte del capítulo se ve enriquecida por un amplio recuento de posturas teóricas que siempre provocan discusión y controversias cuando se estudian las representaciones gráficas mesoamericanas.

Mikulska cierra este capítulo con algunas precisiones acerca de los códices de tipo calendárico-religioso o *tonalamatl*, sus características clasificatorias, su origen y paradero.

En el capítulo II, *ALGUNAS CONSIDERACIONES METODOLÓGICAS*, la autora se inclina a favor de los planteamientos de otros investigadores en el sentido de que algunos elementos o configuraciones simbólicas se repiten en los códices de diferentes ámbitos culturales, lo que confirmaría la existencia de un lenguaje simbólico transmitido por medio de pictogramas. Estas afirmaciones le permiten señalar los límites de su trabajo, el cual se concentra en estudiar signos de algunas deidades terrestres de esencia femenina, denotadas por una naturaleza fría, húmeda, acuática, nocturna, oscura, fétida, mortal. De esta manera, la autora no trata las imágenes ni como ilustraciones ni como imágenes artísticas, sino como expresiones de ciertos conceptos o ideas que existen en el pensamiento mesoamericano, específicamente de los nahuas, regidas por las pautas de *icuiloa*: pintar/escribir. *Icuiloa* es un concepto metafórico que cumple, como todos los conceptos metafóricos en todas las sociedades, con la función de organizar la percepción del mundo.

Las reflexiones y aportes de estudiosos del tema le permiten a la autora establecer la hipótesis principal de su trabajo, y es que “el método para representar deidades nahuas en los códices (mayormente del *tonalamatl*), relieves, esculturas u otros medios, es un sistema de comunicación y de registro, un sistema semiótico, compuesto por signos, en este caso visuales o gráficos, permanentes o semipermanentes, lo que les confiere una función de escritura”.

Este código visual, dice la autora, se puede trasladar al lenguaje hablado, aunque no tiene que basarse en sus estructuras ni en sus formas para desempeñar su función, si bien el traslado de la información codificada en estas imágenes al lenguaje oral ayuda a comprender las categorías nocionales de los mesoamericanos.

En el inciso 6 de este capítulo II, *La imagen como texto*, la autora filtra una conclusión contundente que sirve de introducción al tratamiento de las imágenes en los capítulos siguientes:

El objetivo del presente trabajo es analizar las imágenes de un grupo de deidades nahuas que aparecen sobre todo en los códices de carácter ritual, aunque también en formas líticas (esculturas o relieves) o en cerámicas. De acuerdo con lo dicho anteriormente, no se trata de buscar la distinción entre lo que para el hombre “occidental” sería la escritura y la pintura, sino intentar demostrar que el sistema para presentar deidades en forma gráfica es un sistema semiótico, que se acerca o asemeja a un sistema de escritura de acuerdo con cualquier definición.

Los signos pueden funcionar como índices, íconos o símbolos según la clasificación de Peirce, *símbolos iconizados* o *íconos simbolizados* según Eco, puesto que lo que se observa son diferentes grados de similitud con el objeto representado o, mejor dicho, que hay diferentes grados de convencionalismo, por lo que el único mecanismo que permite determinar o acotar su significado es el contexto.

En el inciso 4 del capítulo VI, *Los signos de manos y pies en otros contextos*, se refiere a las manos con los cinco dedos en el rostro de los dioses nahuas. El nombre *tonalleque* que corresponde a los cinco dedos de la mano, nos dice la autora, “parece indicar por vía fonético-ideográfica, que el significado de este signo es *macuilli*”. Me llama la atención

esa especie de bastón que sostiene el dios Mictlantecuhtli, el cual remata en una mano con el pulgar saliente, elemento gráfico detallado que recuerda el mismo instrumento en los tlacuaches de las páginas 25-28 del *Códice Dresde*. Considero que este es un claro ejemplo del tipo de convenciones con el mismo significado en el mismo contexto de las que habla Mikulska en el capítulo II.

Después de estos capítulos introductorios que marcan el marco teórico del trabajo, y efectivamente como lo acota la segunda parte del título del libro, Mikulska emprende el acercamiento a las representaciones de deidades nahuas. Es precisamente un acercamiento, ya que el estudio de esas manifestaciones culturales, como lo es en todas las de raigambre mesoamericana, solo abarca una pequeña parte de un vasto universo. Por lo mismo, el acercamiento de nuestra autora se limita a esas deidades, definiendo algunos de sus rasgos distintivos y discrecionales. Pero aun cuando se trata de un acercamiento, es casi imposible reseñar en una sola presentación el contenido de esta obra.

Dejo para el final una última reflexión en cuanto al manejo de la forma en este libro. Resalto para ello la amplia, prolija y actualizada bibliografía que se consigna en este libro. Su valor estriba en las expectativas que ofrece para emprender nuevos caminos en el estudio de las representaciones gráficas mesoamericanas. En mi caso, espero con ansia la siguiente parte de la investigación que seguramente se concentrará en el código oral de las imágenes. En tanto llega ese momento, le agradezco a Katarzyna el valioso contenido de su libro.

*Patricia Martel*